

Recados

Emilyn Ortiz Trujillano

Katherine Barrios Rosero

Juan Sebastián Castillo Castro

Leidy Marzela Brochero Sánchez

A Colombina Cuero, mi abuela

Emilyn Ortiz Trujillano

Colombina Cuero es una mujer extraordinaria, de carácter tranquilo, que se enfrentó al oficio del bordado por primera vez en el colegio. Ahí aprendió a bordar y más tarde, a la edad de 39 años, aprendió a coser a máquina. Después de dejar el colegio no continuó bordando, probablemente porque en el lugar donde creció el fuerte era, y sigue siendo, la gastronomía. Pero, pese a esto, tiempo después se inscribió en un curso de costura.

Consideraba que diseñar su propia ropa era un privilegio, uno que disfrutó por mucho tiempo y en el que combinaba sus conocimientos de bordado y costura. Mi abuela disfrutaba el tiempo que pasaba frente a su máquina. Bordar y coser fueron espacios que construyó para ella y cuentan sus hijos que mientras lo hacía se la veía muy feliz. Compartía estos momentos con una amiga con quien construyó un lazo fuerte de amistad ya que mientras cosían hablaban de su vida cotidiana.

El bordado y la costura no son oficios que mi abuela realice actualmente, ya que su pulso se ha deteriorado a causa de la edad; lo cual le impide bordar. La costura la abandonó cuando su máquina se dañó y al parecer no se conseguían repuestos para repararla. Cuando le conté a mi abuela que estaba aprendiendo a tejer se puso muy contenta, recordó cuando ella cosía y me contó que siempre había querido aprender a tejer con la aguja de crochet pero que nunca tuvo la oportunidad.

La relación entre mi abuela y la costura fue muy estrecha durante varios años. La costura fue un momento de esparcimiento, de olvidarse de sus quehaceres y hacer volar su imaginación. Nunca lo hizo para vender pero si era su forma de contribuir a su hogar ya que le hacía ropa a sus hijos quienes se sentían orgullosos de llevar lo que su madre les confeccionaba.

A mi abuela, Mariela Millán

Katherine Barrios Rosero

Ella fue una mujer valiente, tenaz, amorosa, apasionada y, cuando tenía algo en mente no descansaba hasta alcanzarlo. Ella es mi abuela, Mariela Millán. Su relación con el tejido fue muy estrecha aunque no era su intención ser recordada por ello. De lo que me cuentan, y cuando estuve con ella, percibí que era una mujer dedicada a su hogar y a su trabajo de docencia, aspecto por el cual es bastante recordada entre sus conocidos. Sin embargo, con el recuento que hice durante el curso me pude dar cuenta de que el tejido era su forma de escape, su terapia, el lugar donde podía encontrar paz.

El tejido, el bordar, el coser eran actividades que, sin ejercerlas como profesión o como medio de sustento, hacían parte de ella. Lo poco que queda de sus obras da cuenta de una persona entregada a sus cosas, una persona que lograba reflejar en ellas su espíritu pasional, su forma de ver las cosas. Recuerdo que siempre quería ser ella quien hiciese los remiendos de las prendas; la forma en que lo hacía no es sino un reflejo de algo que le permitía encontrarse con ella misma. Siempre en su silla mecedora, solía vérsela tejer en sus espacios libres. El aura que reflejaba no era otra sino sinónimo de su paz y regocijo que solo ese contacto le permitía experimentar. A pesar de ese gran potencial y afinidad con la actividad, ella se encargó de que quedara ahí, en ese espacio entre la silla y ella. No fue una persona que a través del tejido marcara la vida de otros en lo económico o laboral, sin embargo, el saber-hacer sí que marcó un espacio muy grande en su alma.

A mi madre

Juan Sebastián Castillo Castro

Crecí viendo a mi madre coser, viendo como pasaba las tardes sentada en frente de su máquina, emitiendo ruido con los pedales mientras veía la televisión. Crecí viéndola arreglar cosas y darle forma a muchas otras que hoy decoran la casa... manteles, sábanas y cortinas. Crecí jugando con los pedales de la máquina de coser, imaginando que era un avión. Contrario a lo que hoy sé, luego de hacer este trabajo, crecí creyendo que mi madre había estudiado tanto costura como peluquería. Crecí sabiendo que cuando se me rompía un jean mi mamá me lo iba a arreglar. Crecí y fui adolescente con pantalones a la moda, de esos *botatubo*, porque mi mamá me los ajustaba a la medida. Crecí sin tener que ir a donde una costurera porque asumí que era normal tener una en casa. Crecí llevándole la contraria a mi madre en algo que pensaba estábamos de acuerdo y que después de 21 años no merece la pena cuestionar... pues crecí convencido que soy el hijo de una gran costurera.

A mi abuela

Leidy Marzela Brochero Sánchez

Es difícil describir lo que a lo largo de estos meses he logrado entender y aprender de ti. Me acompañan diferentes sentimientos cada vez que realizo un punto en mis tejidos. Esto me recuerda a ti. Abuela, eres una mujer maravillosa, luchadora, tristemente limitada pero nunca silenciada; sacaste tu hogar adelante mientras cargabas con el peso de seis hijos y un esposo machista, indiferente y ofensivo.

A tus 80 años continúas promoviendo aquél discurso de superación e independencia que antes me parecía tan aburrido y sin sentido, continúas incentivando la lucha y el amor, pero nunca el rencor. Me dirijo a ti, el pilar de siete mujeres que gracias a tus enseñanzas logramos gritar ¡No! cuando lo necesitamos. A ti, cuyas canas dan cuenta de una vida llena de obstáculos, me dirijo a ti para decirte gracias.

Recuerdo tu rostro cuando te pedí ser parte de este trabajo y tus ojos se llenaron de lágrimas mientras aparecía una pequeña sonrisa. Recuerdo también tu tristeza al decir en voz alta lo que por tanto tiempo mantuviste en silencio, pero lo que más amo recordar es aquella frase que, cargada de fuerza, dijiste clara y sin temor “uno no puede dejar que un hombre sea el dueño de nuestra vida”. Tú, como muchas más, haces parte de ese grupo ignorado por mucho tiempo. Sin embargo ahora, a pesar de no reconocerte como feminista, lo eres.

Aquél día que me viste tejer, me recordaste la agonía que te invade al no poder haber seguido con tu sueño, el sueño de crear cosas maravillosas con tus manos. Y sé, lo que ahora representa la osteoporosis para ti, ya no es tu esposo, es una enfermedad. Pero a pesar de eso, nada te detiene y es por eso que ahora solo hay amor, agradecimiento y admiración, te veo y me siento orgullosa de que estés en nuestro camino: lamento profundamente no haber sido la persona que debí ser durante tantos años, pero, si la vida nos regala otra oportunidad, comenzaremos a tejer este nuevo camino que estará entrelazado de esa historia que nos ata.

Con amor, Leidy.

Emilyn Ortiz Trujillano

Estudiante del programa de Economía y Negocios Internacionales de la Universidad Icesi.

Leidy Marzela Brochero Sánchez

Es estudiante del programa de Sociología de la Universidad Icesi.

Katherine Barrios Rosero

Estudiante del programa de Ingeniería Industrial de la Universidad Icesi.

Juan Sebastián Castillo Castro

Estudiante de los programas de Ciencia Política y Sociología de la Universidad Icesi.